

se como cual es la facultad humana capaz de realizar la aprehensión de que se trata; esto es difícil de dilucidar, dado que «las funciones cognitivas y conativas no son más que dos aspectos o dos manifestaciones de una actividad psíquica, funcionalmente una», y a esta dilucidación está enfocado este capítulo.

Para terminar, Demolder trata de exaltar la importancia de la aprehensión inmediata de lo real para el conocimiento humano.—M. N. R.

HALSBURY (The Earl of): *Speculative Truth*, en «Philosophy», XXXII, 123, 1957 (págs. 289-301).

Es tema eterno de la filosofía estudiar la verdad de dos clases de proposiciones: de las proposiciones analíticas y de las sintéticas. Aun después de haber enunciado todas las verdades matemáticas imaginables, aún podrían preguntarse cuestiones respecto a la verdad, falsedad o insensatez de las mismas, cosa que habría que establecer cuidadosamente.

Hay, desde luego, proposiciones que repugnan a la experiencia. No es que la experiencia sea infalible, sino que hay que estudiar los términos del conflicto planteado. Pero aun en las demás, hay proposiciones que serían aceptadas en un sistema dado y rechazadas en otro. Esto plantea el problema de la libertad de aceptar la veracidad de una proposición o de la causalidad metodológica que el sistema adoptado ocasiona frente a una proposición dada.

El autor propone, como concepto general de «determinismo», la presunta tesis de que el Universo, examinado tal como es, tiene una estructura relacional que le habilita para ser estudiado racionalmente. Puede ser entendido como independiente respecto al tiempo, o como comprendiendo también explícitamente ciertas relaciones temporales.

La relación estudiada entre la proposición y un sistema metodológico ha de ser única, o sea integradora de todos sus aspectos de hecho.

La idea de causación a que se refiere sería la clásica desde Aristóteles a Newton. Pues de tomarla así la tradición filosófica se ha producido la problemática existente en el concepto de la libre voluntad o libre albedrío.

Después de estudiar someramente la

aplicación de la teoría física de los *Quanta* al determinismo metodológico, estudia también la influencia de la autoridad doctrinal antecedente, las funciones cerebrales, la autoridad y la responsabilidad científica. Todo ello da un complicado entorno a la pregunta que el autor sugiere: ¿Cómo llego a querer lo que efectivamente quiero y cómo puede ello ser conocido? Y no encuentra respuesta más adecuada que la de Bradley: La metafísica consiste en hallar malas razones para lo que instintivamente buscamos, pero hallar estas razones no es nada menos que un instinto.—A. S.

GALLIE (W. B.): *What Makes a Subject Scientific?*, en «The British Journal for the Philosophy of Science», VIII, 30, 1957 (págs. 118-139).

El autor presenta una doble argumentación acerca de la pertinencia o de la impertinencia del tema propuesto. El equívoco a que abocan las razones en uno y otro sentido le llevan a examinar si no será que en los términos «ciencia» y «científico» no habrá un concepto pluralista.

Procede, por tanto, a examinar y contrastar determinado número de saberes científicos, refiriéndolos a varios puntos: 1) Sus métodos característicos de acercarse a los problemas. 2) La significación del «valor-sorpresa» en sus respectivos resultados. 3) La interna conexión de progresividad existente en cada uno de los géneros científicos de investigación.

Lo «científico» significa cierta situación lógicamente definida en una conclusión. Significa también un objeto de conocimiento que define métodos de comprobar ciertos fenómenos. Y el uso de ciertos métodos definidos para llegar al fondo de un asunto. Además, la consecución de resultados significativos o sorprendentes o, simplemente, una investigación estructurada progresivamente. Pero ninguna de estas definiciones de «ciencia» son suficientes en todo caso.

Termina el autor su estudio afirmando que un trabajo intelectual puede ser calificado de tema científico cuando de hecho ha sido considerado así en la tradición cultural o ha sido demostrada su utilidad por ser necesario conocer aquellos resultados a que pudiera llegar. La manera de concretar si un estudio es

científico o no, consiste en realizar una historia de la ciencia, estudiando los grands descubrimientos, sus métodos y resultados, y su aceptación dentro de la tradición científica. Por ello, tanto los científicos como los historiadores y los filósofos, para poder conocer su propia función científica, han de convertirse en historiadores de la ciencia.—A. S.

MORGAN (Douglas N.): *Is Justification Scientifically Impossible?*, en «Ethics», LXIX, núm. 1, 1958 (págs. 19-47).

El reto del irracionalismo es el punto de partida que el autor adopta para abordar el tema al cual alude el título de este artículo. El irracionalismo se centra en una iluminación de tipo emotivo que se opone en cierto modo a la ilustración de carácter racional. Ahora bien, las actitudes irracionales están expuestas a cuestiones tales como ¿Por qué cree usted esto o lo otro? ¿Qué derecho tiene para adoptar esa actitud? Formulada la pregunta, es necesaria una justificación, una explicación o una racionalización. Algunos autores, tales como Manheim y Pareto, han intentado demostrar desde un punto de vista contrario aunque coincidente, si no la imposibilidad de la justificación racional de la creencia política, sí la dificultad de esa justificación, ya que los «actos de fe» se dan siempre que existe el poder, tanto en la democracia como en cualesquiera otra forma de gobierno.

El autor analiza el contenido de la terminología que emplea para ver de acertar en la palabra empleada. Discute fundamentalmente tres palabras: describir, explicar y justificar. Se inclina por la expresión justificar. La expresión justificar está más vinculada a un esquema de valores que las otras que parece que se refieren con mayor limitación, a un esquema de hecho.

Los sistemas de justificación que el autor analiza como más generales son: la racionalización psicológica, la racionalización económico-ideológica, es decir, la marxista, y la racionalización positivista. Las justificaciones implícitas en estos tres tipos de racionalización las rechaza, acusándolas de falaces. En la racionalización psicológica de una falacia genética, la económica ve la falacia en las consecuencias, y en cuanto al positivismo, particularmente el sociológi-

co, cree que es confusión envuelta en una aparente claridad.

El punto de vista del autor se orienta en el sentido de negar las justificaciones totales por creer que son incompletas. Una justificación total, por ejemplo, la que intenta dar Manheim, no es total precisamente por sus pretensiones de serlo, y en este sentido aparece una paradoja, la paradoja de hablar de física soviética o matemáticas soviéticas, por un prurito de justificación absoluta que lleva en sí elementos claramente irracionales no sólo de orden político, sino también de concepción del mundo.—E. T. G.

RUSSELL (L. J.): *The Justification of Beliefs*, en «Philosophy», XXXIII, número 125, 1958 (págs. 121-131).

Trata el autor el problema de la justificación de las creencias desde dos puntos de vista, según que se las entienda como justificaciones de la bondad de una conducta en determinadas circunstancias, como orientaciones generales más amplias, tales como las razones de que exista la fe cristiana.

En todo caso, puntualiza el autor que yace un problema de epistemología. Y en el estudio presente trata de, al menos, intentar hallar en la vida práctica consideraciones que ayuden a examinar el significado de las cuestiones de creencias. Y ello con arreglo a una metodología rigurosa que garantice la posibilidad de que los datos examinados sean entendidos de modo semejante por todos.

Primordialmente, toda actividad práctica viene condicionada por nuestra captación de los aspectos del mundo. Concretamente estos aspectos se configuran bajo direcciones incorporadas en instituciones sociales estructuradas en el proceso histórico, simultáneamente a la formación de sistemas de creencias a cuya luz se van avizorando modos satisfactorios de vivir. De tal modo, que las creencias están en función mutua, influyentes e influídas, con algún tipo de condiciones teoréticas y prácticas de acción.

Afirma el autor que esta teoría no resulta desmentida nunca, ni siquiera por los doctrinarios más radicalmente empiricistas. Por el contrario, solamente los factores que son relevantes desde el pun-